

DOS MUJERES, DOS HISTORIAS.

IRENE ABAD BUIL

Este relato mezcla unas vidas muy distintas entre sí, pero unidas por un hecho histórico: el primer movimiento antifranquista. Son dos visiones distintas de una misma circunstancia, imbricaciones más o menos comprometidas, experiencias de diversa índole. Pero, en definitiva, ambas vieron cara a cara lo que el antagonismo entre nacionalistas y republicanos ponía ante sus ojos. Son las vidas de Esperanza Martínez y Cruz Salamero que, de una manera directa o indirecta respectivamente, sufrieron las consecuencias de una lucha que muchos no han dejado de considerar utópica.

Cruz Salamero vivía en Morillo de Monclús (municipio de La Fueva, en el Sobrarbe) cuando, de buenas a primeras, se encontró envuelta en una escaramuza demasiado rápida y desagradable como para no dejarle recuerdo hasta la actualidad. Hoy no le cuesta recordar cada uno de los pasos que, tanto los miembros de su familia como los elementos de las dos facciones enfrentadas, siguieron a lo largo de las “eternas horas” que el pueblo de Morillo, y en particular la casa de Cruz (Casa Pardina), protagonizaron.

Esperanza Martínez experimentó en carne propia lo que suponía la guerrilla. La vio desde dentro, primero como punto de apoyo yendo hasta Cuenca (junto a su amiga Reme, la cual también jugó un destacado papel dentro del maquis español) a comprar todos los suministros que aquellos misteriosos hombres, pero ideológicamente afines, necesitaban. Después ingresó en un grupo guerrillero para luchar por lo que ella tanto anhelaba: el equilibrio y la justicia en el mundo.

A veces es difícil que dos vidas totalmente distintas puedan llegar a compartir un momento común. Y ellas lo hicieron a través de una carta y un amigo. La carta que, remitida por Esperanza (Sole), iba dirigida al guerrillero que, por un nefasto destino, cayó muerto en casa de Cruz. Esta última se la encontró casualmente y su lectura la unió a una desconocida guerrillera por la que pronto sintió admiración.

Esperanza no supo de Cruz hasta que yo le hablé de ella; Cruz leyó una carta por la que supo de la existencia de Sole, de la que yo le hice conocer su nombre real. En fin, que fue una imaginaria carta la que fortuitamente, y como consecuencia del enfrentamiento directo entre los guerrilleros y dos Compañías de las fuerzas nacionales en Morillo de Monclús, unió dos historias distintas, las historias de dos mujeres.

Estimado camarada:

Llevo días intentando encontrar el momento adecuado para escribirte esta carta que deseo te encuentre con salud.

Desde el día en que mi padre comenzó a colaborar con vosotros como punto de apoyo¹, tanto mis hermanas como yo percibíamos que algo en casa estaba cambiando. Desaparecía comida sin justificación, mi padre se ausentaba sin motivo aparente, la relación con los vecinos era de mayor precaución. Al poco tiempo descubrimos la razón de nuestras sospechas: Mi padre os estaba ayudando.

A partir de ese momento la inseguridad de la familia aumentó. No pudiendo aguantar más la situación decidimos echarnos al monte y, si te escribo estas líneas, es para agradecerte la importancia que tanto tú como los tuyos tuvisteis en esta elección. Durante un tiempo las anomalías en nuestra conducta aumentaban y nos convirtieron en grandes sospechosos. Dejamos todo tan precipitadamente que hasta un mondongo, recién hecho, quedó intacto y la caballería en la anilla de la puerta de casa. De la noche

a la mañana, todo dejó de funcionar. No nos quedaba otra opción, a pesar de saber que nuestras vidas iban a cambiar radicalmente y que posiblemente no íbamos a permanecer juntos como hasta entonces.

Nos incorporamos todos al 5º Sector de Levante y Aragón², pero pronto sólo nos quedamos ahí otra de mis hermanas y yo. Pues la pequeña de las tres fue destinada a otro sector, al igual que mi padre, pero a él lo mataron antes de cumplir su función.

Todo ha cambiado. Esto de dormir al raso, encima de una piel de oveja y con una piedra como almohada, no es ninguna tontería pero me siento a gusto aquí. Tenemos una vida de total camaradería y en ningún momento mi condición de mujer hace que me traten de distinta forma³. La preparación cultural y política que nos proporcionan es excelente. He encontrado una nueva familia, pero no por eso olvido mi vida anterior. Hay veces que, en medio de la noche y con paso firme, procuro mirar hacia adelante e imaginarme un paseo tranquilo por las calles de cualquier pueblo. Y ya no digo mi pueblo, pues a ese es imposible volver: Sin casa, sin familia, sin amigos,... Es imposible volver.

Hoy el día ha estado bien. Hemos hablado sobre el asunto de la economía, pues hasta ahora sólo nos suministramos a base de puntos de apoyo y de los depósitos de comida⁴ y tendremos que pensar algo para mejorar nuestros ingresos. También hemos planeado la próxima marcha al pueblo vecino; me ha tocado a mí abrir paso para preparar la situación.

Imagino que ya sabréis que la infiltración por Valcarlos ha resultado todo un desastre, lo cual creo que traerá problemas dentro del Partido. Deseo que vuestras

¹ Lugares concretos donde había gente que apoyaba a los guerrilleros y los nutría en alimentación e información. Los acogían por compartir la misma ideología.

² Su principal foco de actuación se encontraba en la Serranía de Cuenca, Levante y Aragón y, aunque se verdadera procedencia se debe a republicanos venidos desde Francia, jugaron un relevante papel los habitantes de la zona que se anexionaron a la AGLA. Este último caso es el que se da en la vida de Esperanza Martínez (guerrillera protagonista de esta carta) y su familia.

³ El papel de la mujer fue verdaderamente importante en el movimiento guerrillero, pues el apoyo y la actividad que principalmente desempeñaron estas mujeres en el llano supuso uno de los puntos más estratégicos de dicho movimiento. Y es que, según Esperanza Martínez, aunque los guerrilleros defendían plenamente la igualdad, el monte era físicamente mucho más duro para ellas. Al igual que hay que resaltar la prohibición existente ante posibles relaciones amorosas entre guerrilleros y guerrilleras de un mismo grupo, aunque fuesen matrimonio. Sobre todo porque, afirma la misma guerrillera, “un embarazo en el monte habría firmado nuestra sentencia de muerte”. Todo esto niega todas aquellas hipótesis que consideraban a estas mujeres como “concubinas” de sus compañeros.

acciones vayan bien y recuerda que, pase lo que pase, sueño con la democracia y la libertad. Y, sobre todo, con un mundo más equilibrado y justo.

Salud y suerte para todos: Sole

No les fue bien. Bueno no sé, porque ¿realmente qué buscaban estos hombres por aquí? ¡Qué lástima! Con lo bonita que es esta carta. ¿Le habrá dado tiempo de contestar?

Todo esto y más pasó por la mente de Cruz cuando acabó de leer el papel que asomaba por el bolsillo de la camisa del joven que yacía muerto a sus pies. Era tan inesperada aquella situación que no sabía cómo actuar. Volvió a dejar la carta cuidadosamente en el sitio donde la encontró y, al mirar de nuevo la cara de ese hombre, recordó que horas antes le oyó silvar, débil y entrecortadamente, una especie de muñeira...

- He oído que los maquis están en Tierrantona y que, incluso, han dado un mitin y acudido al entierro del señor Puyuelo. Sin armas, claro. ¡Faltaría más! Ya nos enteramos ayer que iban a hablar para todo el pueblo, pero... Mírate, la desustanciada ésta, con el marido fuera y en estado bien avanzado, quería marchar a verlo. ¡Ni hablar!...

“Así hablaba mi abuela con la vecina, mientras yo descansaba recostada sobre la cama. Me faltaba un mes para dar a luz, pero me sentía fuerte y tenía una enorme curiosidad por conocer lo que aquellos misteriosos hombres iban pregonando por los pueblos de La Fueva: primero en Rañín, luego en Tierrantona,... ¿llegarían hasta aquí?

Fue ese día de finales de octubre, y por la tarde, cuando entraron en Morillo de Monclús y, con intención de controlar el pueblo, se colocó uno de aquellos hombres en la puerta de cada una de las trece casas existentes. En poco espacio había tres: uno en Casa Nau, otro en la de Chorche y otro en la nuestra, Casa Pardina. Luego se fueron distribuyendo

⁴ Los depósitos de comida eran lugares estratégicos donde guardaban, clandestinamente, víveres por si los

por la de Fantova, Mur, Las Eras, Arcas, Tejedor, l'Alpargatero, Puyuelo y Baixa, sin olvidar la de Román y la del Herrero. Tenían que estar vigilantes, mientras sus compañeros dormían en un pajar de la era cercana a casa.

Recuerdo no pegar ojo durante aquella noche: tener un centinela en la puerta de atrás era una novedad, pero una novedad que producía cierta inquietud. Y ya pensaba bien, pues la calma de la noche, el canto de los grillos y su propio cansancio acabaron por rendir a nuestro guardián. Se durmió.

- ¡Todas a la bodega, todas a la bodega!- gritaba fuera de sí tío Joaquín- Allí no pasará nada, pero si seguimos aquí sí.

Tío Joaquín era el único hombre que estaba en casa, pues mi marido estaba en Abi “tirando” leña⁵, y, en aquellos momentos, se sentía responsable de todas nosotras: la abuela, mis dos hermanas y yo. Así que, sin perder tiempo y siguiendo sus instrucciones, bajamos hacia la bodega sin ni siquiera coger nada de abrigo. Aunque recordara el lejano ruido de disparos que habían despertado y alarmado a nuestro vigilante, en esos instantes lo único que sentía era el frío suelo bajo mis pies descalzos.

Había algo que me producía seguridad: Tío Joaquín. Había estado en la guerra y conocía todos aquellos avatares a la perfección. A veces me costaba llamarle tío, teniendo en cuenta que podría haber sido su esposa... Yo tenía 16 años cuando en nueve meses me quedé huérfana de padre y madre, y como yo mis dos hermanas pequeñas, Elisa y Carmen. Así que la situación doméstica cambió considerablemente, pues en pocos años crecí lo que al resto de mis amigas les costó toda la adolescencia.

Mi abuela Dorotea, entonces principal pilar de la familia, se encontró con un panorama que intentaba controlar con el máximo dominio posible. Así que, veía como rápida solución el casarme o con tío Ramón (de seis años más que yo) o con tío Joaquín, del que tan

necesitaban en situaciones de emergencia.

sólo me separaban dos años. Me oponía totalmente a aquel arreglo conyugal, pero lo hacía en silencio pues la responsabilidad de sacar adelante la familia que tenía me provocaba resignación.

Aún recuerdo cuando en pleno verano la abuela me hacía llevarle a Joaquín, pues Ramón finalmente se había casado fuera, la comida al huerto. Aquel mandato yo notaba que iba con segundas intenciones, ya que en esos momentos era cuando él reiteraba su deseo de casarse conmigo. Tal era su insistencia que no logré conservar a ninguno de los pretendientes que se me acercaban; fuera como fuese él los ahuyentaba como a las moscas. Pero con Manuel no lo consiguió y, a pesar de nuestra enorme diferencia de edad, yo logré casarme por verdadero amor...

De todas formas Joaquín era el único que entonces estaba allí. Así que seguir los consejos que él nos daba era lo más razonable. Iríamos a la bodega, donde nos refugiaríamos hasta que todo pasara.

Pero de pronto, unos secos golpes en la puerta de entrada pararon nuestros pasos. Ahora sí que nuestras mentes eran torbellinos de imágenes imprecisas y sin respuesta, dudas que desequilibraban nuestras vidas, muestras de valentía enmascaradas por ridículos comportamientos propios del nerviosismo. Décimas de segundo transcurridas entre golpe y golpe en la puerta, segundos que se hacían eternos por las innumerables reflexiones que en ellos cabían. Y antes de seguir narrando lo que aquel nefasto día vivimos, tendré que aclarar cuál era la distribución de la casa, pues ella jugó un relevante papel en el desenlace de los acontecimientos. La puerta principal compartía plazuela con la de Casa Nau y, enmarcada en un perfecto arco, daba paso a un patio fresco y holgado, con un banco de piedra a su izquierda y unas escaleras que, a mano derecha, conducían a la parte superior de la vivienda. Junto a ese banco nacía la puerta de la despensa, donde estaba el horno de hacer pan. Este último compartimento ejercía la función de enlace con la era de casa, en la que estaba el pajar y el corral de los corderos. La puerta que realmente daba acceso a la era, y cerraba la casa

⁵ Tirar leña con bueyes consistía en hacer una ristra, con esos animales, desde donde talaban los árboles hasta donde los cargaban en camiones para transportarla. Este último punto estaba en el camino más próximo al bosque.

por su parte trasera, era la vigilada por el centinela maqui. La situación que se daba era que en la parte delantera de casa estaban los militares y en la trasera el maqui. Por la entrada principal oíamos golpes, pero por la de la era surgió el sonido de una voz exaltada:

- *¡Abre Joaquín!* - el maqui conocía perfectamente el nombre de cada uno de nosotros, pues había cenado esa noche en casa y, por su carácter abierto y hablador, no tardó en coger confianza.

- *Pero, ¿cómo voy a abrir?* - le susurró mi tío desde el otro lado de la puerta - *En cuanto lo haga te matarán. Seguro que te matan... Y a nosotros, a nosotros también nos matarán.*

- *Abre, Joaquín* - esta vez la voz del gallego centinela sonó más contundente que antes, el miedo le invadía y necesitaba apoyo - *La sierra de enfrente está repleta de nacionales, han rodeado el pueblo y están comenzando a disparar hacia aquí. Abre, por favor. Escondedme donde sea.*

Joaquín accedió a la petición y el guerrillero pronto se encontró, en medio del patio, mezclado con todos nosotros. Las miradas entre cada uno de los que estábamos allí se hicieron breves por la tensión que nos creaban los continuos reclamos nacionales que, desde la placeta, nos exigían respuesta. El maqui miró a Joaquín y, enseguida, a mi abuela buscando apoyo y protección, sabiduría de vieja. Mi abuela me miró, tío Joaquín miró al maqui, yo a mi hermana Elisa, y luego a la abuela. Carmen alternaba sus miradas entre mi destacada tripa y la puerta del corral. Sin darnos cuenta habíamos comenzado un juego de miradas que consistía en adivinar, en mínimas ráfagas de tiempo, quién depositaba sus desorbitados ojos en tí para devolverle el gesto y, posteriormente, pasárselo a otro. Una regla imprescindible de dicho juego era, eso sí, tener los ojos desorbitados. Lo conseguimos todos. Nunca había imaginado que un juego, preparado espontáneamente, saliese tan bien. Ni en mi más tierna infancia.

Por fin, la cerradura de la puerta principal cedió y el patio de entrada reunió a los polos opuestos de una misma circunstancia. A pocos pasos se encontraron los defensores del

nuevo régimen con uno de sus fuertes hostigadores, mezclándonos a nosotros en algo donde no teníamos, ni queríamos tener, nada que ver. Impactante choque frontal que a todos nos paralizó. Ardua decisión la de qué hacer, pero opinaron por nosotros (y cuando digo nosotros me refiero tanto a los miembros de la familia como al ya amigo guerrillero), pues a los míos y a mí nos arrastraron apresuradamente hacia fuera de la casa y al gallego lo mataron. Cuando, dirigidos por tenaces dedos oprimiendo nuestros brazos, andábamos hacia el pajar, que teníamos junto a casa Nau, oímos a nuestras espaldas un disparo. No me volví, pero intuí lo sucedido... El maqui ya no se vería en la duda de cómo actuar, habían agotado su capacidad defensiva. A lo único que le dio tiempo fue a disparar intuitivamente su fusil, cuyas balas penetraron en los cuerpos de dos soldados: Quedaron gravemente heridos.

En el pajar recuerdo haber estado durante un par de horas o tres, hasta que un hombre de rostro sereno e impecablemente vestido nos habló educadamente y respondiendo al cargo que desempeñaba: Era el sargento, como posteriormente él nos dijo, de la Compañía de Mediano y, alarmado por mi avanzado estado de gestación, nos indicó que ya podíamos volver a casa, que todo estaba controlado y que ya no tendríamos de qué temer. Sí, sus palabras nos calmaron tremendamente, pero una enorme tristeza inundó mi ánimo. Así, de repente, sentí eso que producen las malas premoniciones: Golpes secos en el pecho que no tienen salida porque se ven encerrados entre la típica bola que se pone en el estómago y el opresor nudo que taponan totalmente la garganta. Y esa premonición se hizo certera cuando, desde la entrada, vi que junto a la puerta del corral yacía nuestro centinela.

- *No disparé antes porque... claro, estando usted aquí y en ese estado...*- el sargento de Mediano me estaba hablando y yo, como si nada, abstraída en aquel increíble desenlace- *No me hubiese gustado nada haberla herido, y mucho menos matado.*

- *Gracias*- sólo eso me atreví a decir y, aunque hubiese querido seguir hablando, tampoco hubiera podido. Me cortó y prosiguió su azarosa justificación de los hechos.

- *Claro, cuando les han llevado al pajar él ha creído que podría escapar y... Imposible. Él solo contra doce, contando con los refuerzos que tenemos en las sierras de*

enfrente.- el tono de voz y los movimientos que acompañaban esta explicación dejaban entender su carácter irónico y de superioridad ante la situación.

- *Pero,...*- intervino tío Joaquín- *¿cómo le han matado?*

- *Vio que la mejor posibilidad de huir era volver sobre sus pasos y escapar por la era-* ahora el sargento había superado el nerviosismo con el que se había pretendido autoconvencer de la legitimidad de lo que allí había pasado y recuperó la educación que me transmitió en el primer momento- *Así que, cumpliendo mi responsabilidad de controlar la situación y siendo fiel a las órdenes recibidas, me he visto en la obligación de dispararle.*

Sin embargo la tranquilidad fue engañosa, ya que los soldados nacionales percibieron la presencia de más guerrilleros dentro del horno del pan. ¡Y qué razón tenían! Había dos de ellos armados con bombas de mano perfectamente preparadas por si se veían sorprendidos. Pero el temor jugó a su favor porque los nacionales, que ya se lo olían, pidieron a tío Joaquín que abriese la pequeña tapadera de dicho horno. Mi tío se negó: “Yo no soy profesional como vosotros, así que si queréis algo lo abrís. Yo ya sé lo que guardo en ese horno y no voy a hacer nada”. Su firmeza hizo que los soldados rectificaran en su deseo de limpiar la casa de “rojillos”, como ellos los llamaban.

Entre idas y venidas, tranquilidad y alboroto, vida y muerte, nos plantamos en las diez de la mañana sin que hubiesemos tenido percepción del tiempo transcurrido. En ese instante llegó corriendo un joven soldado nacional para avisar a sus compañeros de que los guerrilleros habían huído todos, salvo dos que habían matado cuando intentaban ocultarse en el campo que estaba debajo del cementerio.

- *¿Debajo del cementerio?* - dijo sobresaltada la abuela. Eran las primeras palabras que le oía decir desde que había comenzado el alboroto.- *¡Esa es nuestra era!, ¡vamos a tener todo sembrado de muertos!*

Pero ellos ni se inmutaron por el comentario; al contrario, se limitaron a seguir con sus objetivos e intereses. Así que, pensando que todo el pueblo había vuelto a la tranquilidad (olvidándose de los dos guerrilleros que se escondían en el horno y de otra pareja de republicanos que, sin que ellos lo supieran, se ocultaban bajo un montón de paja que teníamos en el corral) unos se decidieron a trasladar a sus compañeros heridos hacia Barbastro y los otros a llenar sus estómagos sentados en corro en la demba trasera de casa. Calculé que estarían unos veinte o treinta soldados, no sé; lo único que sé es que les tuve que dar cuatro panes de dos kilos y un pernil (menos mal que me ayudó la dueña de Casa Nau, porque no teníamos en casa tanto pan como para alimentar a todos y es que, claro, nosotros lo hacíamos todo casero pero en cantidades justas para nosotros, sin contar con forasteros).

A los soldados heridos que ya se llevaron los habían tendido primero sobre las camas de casa y dejaron todo perdido de sangre. Dos juegos de cama completos estropeados y, además, los pobres infortunados no llegaron a que los curaran en Barbastro: Uno murió nada más llegar a la carretera (pues los trasladaban en camillas) y, el otro, ya cerca de su destino.

En fin, los soldados allí estaban comiendo y hablando como si nada hubiese pasado. Cuando creyeron conveniente reunirse con el resto de sus compañeros que, diseminadamente, controlaban el pueblo, abandonaron la demba y no volvieron a aparecer por aquí. Incluso les pregunté qué hacer con el guerrillero fallecido y ellos, con desprecio, dijeron: “¡Que se lo coman los pájaros”. Fuese quien fuese ese maqui, pensé entonces, no permitiré que eso ocurra.

A pesar del panorama que teníamos, habían desaparecido todos y, por tanto, ese fue el momento de mayor tranquilidad, nos encontrábamos de nuevo solos los de casa, como antes. Pero eso era lo que pensábamos, pues de pronto, mientras comprobábamos los daños que aquella refriega había dejado en nuestra casa (los tiros que venían de la sierra de enfrente habían golpeado una barra de la barandilla de la terraza⁶), oímos “pss, pss” desde abajo. Temerosos por encontrar nuevas “sorpresas” miramos cautelosamente hacia la demba, lugar de donde procedían las llamadas. Eran los maquis que habían permanecido escondidos dentro del horno del pan. Cuando intuyeron

⁶ Actualmente sorprende el ir a casa de Cruz y comprobar cómo todavía se conserva la muesca que la bala dejó en la baranda. En ella cabe, perfectamente, un dedo.

que los nacionales ya se habían ido, decidieron salir de su guarida. Pero necesitaban comida para su huída y, lógicamente, recurrieron a nosotros. Si les habíamos dado antes a unos, ¿por qué no a los otros? Además sólo eran dos, o por lo menos lo eran hasta que aparecieron otros dos: Salían del corral, totalmente cubiertos de paja y satisfechos de no haber sido descubiertos por los soldados. Se habían salvado y era hora de reunirse con sus compañeros, a pesar del dolor que les producía el tener que dejar allí a su amigo el gallego por tener que huir hacia Pallaruelo.

Durante tres días permaneció el guerrillero muerto en la parte de atrás. Nosotros debíamos recuperar la cotidianidad y volver al trabajo diario, pero nos supuso mucho esfuerzo pues, cada vez que teníamos que sacar el ganado a pastar, con la puerta del corral golpeábamos, sin poder evitarlo, los pies del maqui que todavía seguía yacente en el lugar donde lo mataron. Pues bien, en uno de esos ligeros golpes, de su bolsillo cayó un trozo de papel perfectamente doblado. La curiosidad me reconcomía, lo reconozco, pero me imponía mucho: Era de un muerto y no sé si estaba bien el mirarlo. Finalmente caí en la tentación de ojear aquel pliego. Era una carta, la carta de una guerrillera que, desde otro grupo, le escribía para contarle la trayectoria que había seguido y la vida que actualmente llevaba. Su padre fue un constante punto de apoyo del movimiento maqui hasta que, viéndose acosado por la Guardia Civil que sospechaba de sus actos, tuvo que huir al monte con su familia: sus tres hijas, pues había quedado viudo hacía ya un tiempo. Ella se llamaba Sole y, totalmente comprometida con la causa antifascista, defendió enormemente el ideal de la justicia y la igualdad. Jamás supe nada más de ella, aunque reconozco que me hubiese gustado⁷. Aquel escrito estaba hecho con muy buena letra y estoy segura que, por el compañerismo que en ella se denotaba, a Sole le hubiese dolido mucho la muerte en combate de su camarada. La volví a dejar en su sitio, a él le pertenecía, y yo seguí con mi trabajo, que era mi verdadera obligación.

⁷ Esperanza Martínez es quien, durante un tiempo respondió al sobrenombre de Sole. Cuando tuvo que lanzarse al monte a los 21 años, pasó a formar parte del 5º Sector de la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón junto a su padre y sus otras dos hermanas. Cuando comenzó a deshacerse la guerrilla, pasó a Francia con otros de sus compañeros y, desde allí, el Partido le volvió a enviar a España para recoger a otros guerrilleros que se habían quedado en la Península. Este primer viaje no tuvo ningún percance, pero el segundo fue nefasto: Su amiga Reme había sido enviada también a recoger, en Salamanca, a unos guerrilleros para pasarlos a Francia, pero como en la frontera tuvo problemas con los carabineros, Sole fue enviada de nuevo para avisarle del peligro que corría. Sin embargo, y según ella misma sospecha, fue ella la víctima de un chivatazo por parte del barquero que le acompañó a cruzar el Garona. Cuando el barquero y Esperanza montaron en un tres fueron sorprendidos por la Guardia Civil: El barquero no sufrió ninguna represalia, pero ella recibió todo tipo de atrocidades físicas y psíquicas. Hasta el momento en el que se le condenó a 46 años de cárcel a través de dos consejos de guerra (uno por bandidaje y terrorismo y, el otro, por espionaje y comunismo). De todos estos años finalmente cumplió 15 en distintas cárceles

Finalmente nos reunimos todo el pueblo para decidir qué hacer con los tres fallecidos que seguían allí. Los muertos nos pedían a voces ser enterrados. Así que vimos que la mejor solución era enterrarlos junto al muro del cementerio en una fosa común⁸. Pero, y si reclaman los cuerpos, ¿cómo los distinguiremos?- preguntó uno de los asistentes a la reunión. Se dieron diversas propuestas y, por fin, se optó por colocar a dos de los fallecidos en la parte baja de la fosa, con las cabezas hacia el norte y los pies hacia el sur, y al gallego (para así distinguirlo de los otros) encima y a la inversa, es decir, con la cabeza hacia el sur y los pies hacia el norte. Fue de este modo cómo se procedió a enterrar a los tres guerrilleros fallecidos.

Después de todo aquel movimiento que, en pocos días, había alborotado totalmente al pueblo, los vecinos comenzaron a comentar entre sí lo que a cada uno de ellos les había sucedido, cómo les sorprendió la escaramuza, el modo en que se vieron involucrados, el contacto con unos y con otros,... En fin, cada uno aportó sus experiencias personales y, aunque no dudo de ciertas dosis sensacionalistas, me ayudaron a saber lo que realmente había sucedido aquella noche en Morillo de Monclús.”

A mediados de octubre de 1944 guerrilleros republicanos venidos de Francia y pertenecientes a la 21 Brigada⁹ llegaron a La Fueva, promulgando las ideas de Democracia y Libertad que ellos defendían. Esta Brigada tenía como líderes principales a Gabriel Pérez y Joaquín Arasanz y, una vez llegados a la comarca sobrarbense de La Fueva, establecieron un Cuartel General provisional en la Sierra de Campanuel¹⁰.

de España: dos años de preventiva en Valencia, un años preventivo en Madrid, otro en Burgos y once en el Penal de Mujeres de Alcalá de Henares.

⁸ Esta es una cuestión que ha planteado grandes divergencias de opinión pues, mientras Cruz opina que los cuerpos se enterraron dentro de Campo Santo, hay puntos de vista contrarios que dicen que la fosa se hizo fuera del mismo. En lo que sí se coincide es en decir que ésta estaba junto al muro de entrada.

⁹ La 21 Brigada del 4º Batallón de la 3ª División fue una de los más importantes en la Resistencia Francesa, ya que había participado en la Batalla de la Madeleine y liberó también a los presos españoles en la cárcel de Nimes. Pasó a España por orden del Mando Supremo de Unión Nacional para llegar al interior del país, a través de su infiltración por zonas seguras, y así crear y organizar la Resistencia.

¹⁰ Elevación sita en el valle de La Fueva y localizada entre los ríos Cinca y Esera.

Rañín fue el primer pueblo fovano que visitaron y allí hicieron un pequeño mitin, dirigido a la población civil. En él promulgaban la necesidad de establecer colectividades, para beneficio del agricultor, y lo rentable que les resultaría el apoyar la causa de Unión Nacional¹¹ Al día siguiente se desplazaron a la capital del valle: Tierrantona. En esta última localidad, y tras pasar allí el sábado, asistieron a un funeral con la intención de acercarse más a la gente y, para demostrar que su movimiento era pacifista, su presencia en el sepelio la hicieron totalmente desarmados. Después de esto, repitieron el mismo mitin que, días antes, habían hecho en Rañín y esa misma tarde se encaminaron hacia Morillo de Monclús, a tres kilómetros de Tierrantona.

Por la noche convocaron a los campesinos del lugar en Ayuntamiento para dar otro de sus mítines. Cruz, la protagonista de esta historia, no asistió porque su abuela no se lo permitió, pero los que sí que lo hicieron le contaron todo lo dicho en él por el famoso maqui de La Pardina, Joaquín Arasanz: “No sois dueños ni de vuestros frutos ni de vuestro trabajo, todo lo tenéis intervenido. El gobierno saquea a los campesinos para enviar vuestros productos a los alemanes y con vuestro esfuerzo pagar las deudas adquiridas en la guerra. No debéis permitir las injusticias a las que hasta hoy habéis estado sometidos. Para que seáis libres como ciudadanos y podáis disponer de vuestras propiedades y frutos, nada más hay un camino: Unión Nacional. El fascismo sabe que no puede convencer a nadie y que únicamente pueden gobernar por la fuerza del terror, pues la mayoría de los pueblos de España han sufrido más represión que La Fueva. En cuanto a las colectividades debéis ser vosotros mismos quienes decidais, pero lo que sí debéis pensar es que lo importante es darles a vuestros hijos la suficiente cultura para que dejen de vernos como les enseñan en las escuelas: rojos, maleantes, malvividos... Por lo demás, deciros que busqueis la unidad, pues es lo único que nos dará fuerza para luchar contra el opresor. Muchas gracias por vuestra asistencia y os ruego que transmitais lo que nosotros deseamos a todos aquellos que por causas ajenas no han podido venir. Buenas noches”.

¹¹Organizada en 1941, desde el exilio, por el PC y con el objetivo aunar a todas las tendencias antifranquistas para que la oposición tuviese mayor fuerza.

Fue pocas horas después de dicha reunión cuando los guerrilleros, destinados a hacer guardia durante esa noche, se colocaron en cada una de las casas del pueblo. Pero antes del amanecer potentes explosiones y el ruido mortífero de las ametralladoras profanaron el silencio de aquella luna otoñal. Dos compañías de soldados nacionales, una venida desde Mediano y la otra desde Ainsa, habían rodeado el pueblo porque, por el chivatazo de un vecino de la zona¹², supieron que los guerrilleros estaban durmiendo allí. Controlando toda la planicie se asegurarían de que los maquis no huyeran de nuevo al monte Campanuel, como los soldados esperaban. Pero cuando los guerrilleros republicanos despertaron, y se dieron cuenta de la situación, se aprovecharon del dominio que tenían sobre tácticas de evasión y lograron escapar por donde menos se imaginaban los que los estaban vigilando: En lugar de volver al Cuartel General la mayoría siguió a Joaquín Arasanz monte abajo hacia Pallaruelo.

De todas formas no todos corrieron la misma suerte, algunos quedaron camuflados por el pueblo como buenamente pudieron (hornos de pan y pajares, como ocurrió en Casa Pardina). Dentro de la escaramuza, la mayor envergadura se alcanzó en el encuentro que tuvo lugar en la casa de Cruz Salamero Pardina y que supuso la muerte de un guerrillero republicano y la de dos soldados. Los que murieron en la era de debajo de la Iglesia habían sido alcanzados por disparos que impidieron su huida, a la cual aspiraban todos aquellos que no pudieron echar a correr con el grupo que “Villacampa”¹³ encabezaba. Estos últimos fueron despistando a los soldados con verdaderas artimañas de defensa: Los protegidos por la paja en Casa Pardina supieron contener la respiración durante el tiempo que duró la búsqueda por el pajar y luego, al comprobar que los soldados ya habían abandonado el pueblo, decidieron salir de su escondite. En el grupo también iba una mujer llamada Pilar Vázquez¹⁴ y que

¹² Se trataba del alcalde de Solipueyo y, posteriormente a la denuncia que efectuó, sufrió grandes persecuciones por parte de los maquis. Su estancia en casa, y con su familia, no volvió a ser, durante muchos años, tan tranquila como anteriormente lo había sido.

¹³ Nombre guerrillero de Joaquín Arasanz Raso.

¹⁴ Esta mujer guerrillera desempeñó un relevante papel dentro de su grupo, pues junto a los dirigentes de esa compañía asistía a las reuniones que, en los distintos pueblos a los que llegaban, mantenían los guerrilleros con los poderes locales: alcalde, cura y maestra. De su identidad se desconocen todos los datos y aunque compañeros suyos, como Pedro Galindo, aseguran que actualmente vive en Polonia y que se casó con un dentista francés, todavía no se ha logrado avalar la hipótesis.

aquella noche había dormido en Casa Tejedor, ella quedó entre los rezagados y, para volver a reunirse con los suyos, se hizo pasar por una moza del pueblo que iba a dar de comer a las gallinas. Con los gritos de “titas,titas,titas” y un cuenco de pienso bajo el brazo consiguió despistar a los nacionales y, en un momento decisivo, comenzó a correr campo a través hacia el barranco que le conduciría hacia Pallaruelo. Su desconocimiento de la zona hizo que tardara dos días en encontrar a sus compañeros, a pesar de que la distancia entre los dos pueblos no requiere tanto tiempo para ser recorrida. Tal era su desorientación que llegó hasta Tierrantona y allí fue recibida por el cura de Tierrantona en su casa¹⁵. Por el contrario, otro de sus compañeros, también huido, viéndose rodeado y sin fuerzas para esquivar a sus enemigos, optó por entregarse a las fuerzas nacionales. Enseguida fue detenido.

El pueblo quedó tranquilo cuando todos desaparecieron de escena y cuando los muertos ya estaban, por fin, donde les correspondía. La vida normal llamaba en las puertas de las casas y cada cual ocupaba su puesto habitual. Cruz, a los pocos días, dio a luz a un hermoso niño que había superado perfectamente los avatares de una intensa noche. Los años pasaron y el hecho quedó como un recuerdo en la memoria colectiva del pueblo. Los que entonces lo vivieron de jóvenes, luego se lo contaron a sus nietos y, con el paso del tiempo, se fue cubriendo de un halo mágico que lo convertía en leyenda. Lo que jamás descubrieron fue aquella carta que sólo Cruz y aquel que la llevaba en el bolsillo conocían y que esperaba una respuesta llena de saludables noticias.

La Amical de Guerrilleros Españoles, constituida por numerosos supervivientes de esta turbulenta época sufrida por toda la Península, cuarenta y dos años después a lo sucedido decidieron homenajear a aquellos tres hombres a los que el infortunio quebró sus sueños de Libertad, Justicia, República y Democracia.

La Amical de Cataluña de Antiguos
Guerrilleros Españoles en Francia (F.F.I.)
a los compañeros

¹⁵Este sacerdote pronto recibiría el apodo de “el cura de los maquis” pues, además de hospedar a la guerrillera,

ANTONIO ALAJARÍN PAREDES

ESTEBAN TORRES

ENRIQUE AGUADO

Muertos en combate por la libertad

en octubre de 1944.

Así reza la placa conmemorativa que los camaradas de los tres guerrilleros¹⁶ colocaron en el cementerio de Morillo de Monclús, el 5 de octubre de 1986.

AGRADECIMIENTO: Esta historia no hubiera sido posible sin el testimonio directo de las personas que la vivieron de una u otra forma: Esperanza Martínez, “Sole”, y M^a Cruz Salamero. Les agradezco enormemente la gran disposición para contarme sus vivencias y la paciencia que tuvieron durante las muchas horas que hemos estado hablando. Igualmente quiero agradecerles su ilusionante deseo de que esas historias salieran a la luz.

también había asistido a un guerrillero muerto. Se plantea la hipótesis de que, apesar de sus cargo funcional, apoyaba la causa del movimiento guerrillero.

¹⁶ Todos ellos pertenecían al 4º Batallón de la 21 Brigada de Guerrilleros Españoles, la cual procedía de la 3ª División. Pero para la actividad desempeñada en La Fueva se distribuyeron por grupos, así Antonio Alajarín era miembro del grupo de Pedro Galindo, mientras que Enrique Aguado y Esteban Torres formaban parte del de Pedro Abellán.